

VACUNAS

La vacuna contra el Covid es lo que garantizaría el fin de esta pesadilla global. Aunque, por desgracia, no es la única pesadilla con la que tenemos de lidiar, ahí están Trump, Bolsonaro, la FAES, Vox y muchos otros que trabajan a diario para hacer que cada día sea un suplicio para mucha gente. Pero ahora es sin duda la que más nos preocupa. Al menos en nuestro espacio de proximidad.

A menudo los medios presentan el tema de las vacunas como una especie de competición deportiva, a ver quién es más rápido en sacar la receta. Será que ahora que no hay competiciones deportivas tenemos que sustituirlas por una carrera entre científicos y farmacéuticas. La mayor parte de estas noticias son engañosas y nos hacen perder de vista lo esencial. En primer lugar, que la vacuna tardará un tiempo, año o año y medio, para estar disponible. Todo proceso de producción requiere tiempo, cuando además se trata de crear un producto nuevo, más. Cuando además este producto es una vacuna que va a llevar a mucha gente, mucho más. En toda investigación hay fases que no pueden saltarse, primero la de ciencia básica, entender el proceso. Después la de descubrir cómo puede neutralizarse, convertir esta idea teórica en un producto apto y que no cree reacciones inadecuadas que hagan que el remedio sea peor que la enfermedad (lo que exige realizar pruebas clínicas complejas). Una vez se pasa esta fase aún falta desarrollar el proceso, la tecnología, los equipos que permitan su producción en masa. Pues se trata de tener un producto para millones de personas en todo el mundo. Una vacuna no es cualquier cosa. Las vacunas han servido para salvar muchas vidas. Pero tienen un peligro y la única forma de minimizarlo es haber realizado suficientes experimentos que la sitúen en un nivel de riesgo razonable. Y todo esto requiere tiempo. Correr mucho tiene más peligros que ventajas.

La falacia de la velocidad no es la única que nos venden, está la de la competencia. Por lo que sabemos del virus todos los avances que se están haciendo para descubrir sus características, para encontrar tratamientos que funcionen, para avanzar en el descubrimiento de la vacuna, no se basan en la competencia sino en la cooperación. La de combinar muchos conocimientos y equipos especializados a trabajar conjuntamente, a apoyar los conocimientos de uno con los saberes de otro, y en este juego tienen un papel fundamental los centros de investigación públicos y financiados con fondos públicos.

Y ahí puede estar el tercer punto a discutir. Quién va a suministrar la vacuna. Lo lógico sería que un consorcio público mundial garantizara que esta va a estar disponible a bajo precio para todo el mundo. Pues, sólo la vacunación universal nos protege a todos. Pero ahí sí puede haber una carrera competitiva, entre empresas farmacéuticas, para hacerse con una patente que le permita tener el monopolio temporal de la vacuna, venderla a un precio desproporcionado y forrarse (estos días la prensa ha publicado acuerdos entre grandes empresas del sector para colaborar en la vacuna, huele a pacto para repartirse un pastel que puede ser muy jugoso). Ni podemos creer que la vacuna estará disponible en poco tiempo, ni debemos permitir que sea una oportunidad para que un oligopolio farmacéutico consiga con ello un enriquecimiento ilícito. La vacuna será el producto de una amplia cooperación internacional fundamentalmente financiada con fondos públicos. Y debe ser barata y accesible para que toda la humanidad pueda sacarse de encima, al menos, una de las muchas pesadillas que le quitan el sueño.